



e-l@tina

Revista electrónica de estudios latinoamericanos

[e-l@tina](#) es una publicación del
Grupo de Estudios de Sociología Histórica de América Latina ([GESHAL](#))
con sede en el
Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe ([IEALC](#))
Facultad de Ciencias Sociales
Universidad de Buenos Aires

La narración histórica en la teoría de Paul Ricoeur. Fragmentos de un debate

María Teresa Bonet

Profesora en Historia por la Universidad Nacional de La Plata. Doctora en Ciencias Políticas y Sociología por la Universidad Complutense de Madrid. Profesora regular de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. Correo electrónico: mtbonet@yahoo.com

Recibido con pedido de publicación: 13 de marzo de 2005

Aceptado para publicación: 9 de mayo de 2005

Resumen

La narración histórica en la teoría de Paul Ricoeur. Fragmentos de un debate

En este trabajo, la autora intenta mostrar el desarrollo de la hipótesis de Paul Ricoeur acerca del carácter irrenunciable de la narración como mediación inteligible del sentido confuso de nuestra experiencia temporal. Esa experiencia aporética, que Ricoeur indaga en la fenomenología del tiempo, en la historiografía y en la crítica literaria, encuentra su significación en los relatos históricos y en los relatos de ficción. Ambos, con su “referencia cruzada”, se hacen complementarios por las mismas razones que los enfrentan: la puesta en intriga o representación de la acción, la capacidad transformadora de su narración, y la pretensión de verdad acerca del pasado. Pero, sobre todo, trata de reivindicar la argumentación de Ricoeur respecto de la condición irrenunciable de la narración historiográfica frente a las teorías que pretenden explicar el pasado prescindiendo de la comprensión narrativa del acontecimiento: la Escuela francesa de Annales y la Escuela inglesa de método nomológico-deductivo. El análisis más logrado en lo que respecta a este argumento es el que Ricoeur realiza sobre *El Mediterráneo en tiempos de Felipe II*, relato de los tiempos escalonados que, como estructuras y coyunturas, pretende ocultar la más brillante trama con las que el Mediterráneo se erige en un “cuasi personaje”.

Palabras clave: experiencia temporal; narración historiográfica; Paul Ricoeur

Summary

Historical narration in Paul Ricoeur's theory. Fragments of a debate

The purpose of this paper is to show the development of the hypothesis of Paul Ricoeur about the unavoidable nature of narration as intelligible mediation of the confuse sense of our temporal experience. This aporetic experience that Ricoeur investigates in the phenomenology of time, in the historiography and in the literary review, finds its meaning in the historical and fiction narrative. Both, with its “cross reference” become complements due to the same reasons that confront them: the set of intrigue or representation of the action, the transforming capacity of its narration and the aim of truth about the past. Moreover, the aim of this paper is to regain Ricoeur's argumentation about the unavoidable condition of the historiographic narration before the theories that seek to explain the past omitting the narrative comprehension of the event: French School of Annals and English School of nomologic-deductive method. The best Ricoeur's analysis regarding this argument is: *The Mediterranean and the Mediterranean World in the Age of Philip II*, narrative of the step by step times, that like structures and trends try to hide the most brilliant plot with which the Mediterranean rises up in a “quasi-character”.

Keywords: temporal experience; historiographic narration; Paul Ricoeur

Introducción *

El renacimiento de la historia como narración coincide con la crisis de dos grandes modelos explicativos de la realidad histórica, la Escuela Francesa de *Annales* y la Escuela Anglosajona de método nomológico-deductivo. Si bien no es fácil determinar qué es lo que sucede primero y qué en consecuencia, una nueva forma de fundamentar la dimensión epistemológica de la narración dentro del campo del conocimiento histórico se impone como motivo de reflexión entre los historiadores, y genera discusiones acerca de la esencia de su disciplina.

Una de las teorías que más contribuye a la discusión sobre el estatuto de lo histórico, es la de Paul Ricoeur. Su obra corresponde a un esfuerzo sistemático y sólidamente argumentado por demostrar que pertenece únicamente a los relatos la posibilidad de aprehensión y de significación de toda experiencia temporal. La hipótesis que, como punto de partida, supone que la experiencia “temporal viva” alcanza sentido por medio de narraciones demuestra la pertenencia del discurso histórico, así como todo proceso de escritura que tenga a la experiencia temporal por objeto, a la clase de los relatos, y por ende, sostiene que éste comparte con el discurso de ficción una operación semejante de construcción narrativa, *mythos* aristotélico o, en la interpretación de Ricoeur, “puesta en intriga” o entramado.

La demostración de la pertenencia del discurso histórico a la clase de los relatos desvela un motivo de discusión encendida entre los historiadores porque, analizado como síntoma (Lozano, 1987: 11), los enfrenta con un lenguaje nuevo que introduce a la fenomenología, y recupera a la filosofía de la historia para pensar sobre las paradojas que éstos deben resolver al construir sus interpretaciones acerca del pasado.(Chartier: 258). Según Ricoeur, “tales prácticas son familiares en la práctica histórica pero sigue sin haber una reflexión conceptual al respecto” (1987: 49). Así, la reflexión sobre la verdad de lo histórico debe recurrir, una vez más y de manera imperiosa, al tratamiento de un problema esencial: el tiempo.

Tres núcleos centrales en la teoría de Paul Ricoeur dan forma a la estructura de este artículo: la relación entre tiempo y narración, el problema del tiempo en el relato histórico, y el debate sobre la doble pertenencia de la historiografía al campo de la ciencia y al mundo del arte.

Tiempo y narración

En los párrafos siguientes, Ricoeur expresa su primera hipótesis:

Ya se trate de afirmar la identidad estructural entre la historiografía y el relato de ficción (...), ya de afirmar el parentesco profundo entre la exigencia de verdad de uno u otro modo narrativo (...), un presupuesto domina sobre todos los demás: lo que está últimamente en juego, tanto en la identidad estructural de la función narrativa como en la exigencia de verdad de cualquier obra de este género, es el carácter temporal de la experiencia humana. El mundo desplegado por toda obra narrativa es siempre un mundo temporal.” “...*el tiempo se hace humano cuando se articula de modo narrativo, a su vez, la narración es significativa en la medida en que describe los rasgos de la experiencia temporal* (Ricoeur, P. 1995: 39).

En esta primera idea, central en la teoría de Paul Ricoeur, la experiencia del tiempo vivido “confusa, informe y, en el límite muda”, alcanza un sentido que se hace inteligible sólo a través del

* Este texto reproduce el capítulo 1 de *El Peronismo en el Discurso Académico: 1955-1966*, Tesis Doctoral de la autora, dirigida por el Dr. Ramón Ramos Torre, presentada, defendida y aprobada en la Universidad de Complutense de Madrid, en 2004.

relato de sí misma. A la vez, en relación recíproca, sólo en el acto de dar cuenta de una experiencia temporal viva, la narración adquiere significación.

Con estas ideas, Ricoeur rescata la condición irrenunciable de la narración frente a la amenaza pesimista del fin del acto de narrar que, con la caída de los grandes paradigmas narrativos o explicativos de la realidad, y como angustia del “mito roto”, expresa el sentimiento profundo de final, cisma, muerte o fin del deseo que embarga a la sociedad contemporánea (Ricoeur, 1998: 415).¹ A través de ese rescate, Ricoeur nos lleva a la idea de que el sentido construido en las narraciones no es único sino múltiple y que, de ese modo múltiple, las narraciones van dando forma y entidad a las identidades individuales y colectivas en un proceso en el que profundiza su significado.

Pero el largo recorrido que Ricoeur realiza sobre “las formas más destacadas de la actividad narrativa”, intenta responder a otra de sus grandes preguntas: “¿De qué manera la experiencia normal del tiempo de la acción y el sufrimiento cotidiano está remodelada a su paso por la criba de la narración?” (Ricoeur: 1987: 41).

Con los términos configuración y refiguración, ambos representativos de una actividad de orden preconceptual o imaginativo, se refiere tanto “al viejo problema” de la representación de la acción o *muthos* aristotélico² como al de *mimesis* o, en su terminología y definición, refiguración, “potencia de revelación y de transformación ejercida por las configuraciones narrativas cuando se aplican a la acción y al sufrimiento reales” (Ricoeur. 1987: 42). Esa remodelación de la experiencia cotidiana a través de la narración con su doble actividad de configuración y de refiguración o “poética”, es lo que hace complementarios a los relatos históricos con los de ficción, problema que se tratará sólo referencialmente en este trabajo, pero que conduce a Ricoeur al estudio de cómo esa mimesis “aplicada” en unos y otros modifica o transforma en una secuencia de sentido inteligible las paradojas temporales. Así, “el tiempo se convierte en la piedra de toque del sentido de la mimesis” (Ricoeur.1987: 42). Por eso, Ricoeur toma a la fenomenología como la tradición de pensamiento filosófico que “lleva el problema del tiempo a un punto extremo de aporía” (1987: 43), a la historiografía como el estudio de la forma de narrar lo histórico, y por ende, el modo de refiguración histórica del tiempo, y a la crítica literaria para la reflexión sobre otra de las formas de “puesta en intriga” o relato de ficción. Según su hermenéutica, estas últimas, como resoluciones poéticas, consiguen aproximarse a resolver las aporías temporales que no se resuelven por el camino de la especulación. La tesis fundamental de Ricoeur corresponde, entonces, a la idea de que “la composición narrativa, tomada en toda su extensión, constituye una respuesta al carácter aporético de la especulación sobre el tiempo” (Ricoeur. 1996: 641).

¹ En diálogo con Walter Benjamin, toma de éste la idea de que “quizá nos hallamos al final de una era en la que ya no ha lugar para narrar porque los hombres ya no tienen experiencia que compartir”. Idea a la que Ricoeur responde con la esperanza de “creer que nuevas formas narrativas están naciendo ya, y que éstas atestiguarán que la función narrativa puede metamorfosearse, pero no morir” (Ricoeur, 1998: 418-419).

² En razón de esta idea es que en *Tiempo y narración I* (1995), Ricoeur analiza *La Poética* de Aristóteles, y toma la teoría de la construcción de la trama trágica para dar sentido a esa actividad mediadora entre el tiempo fenomenológico y el cósmico, o entre la experiencia humana del tiempo y el tiempo eterno. A la vez, la trama trágica transforma en “concordancia a las discordancias” que estas oposiciones generan en la experiencia vivida. En el tiempo de los acontecimientos del mundo, la experiencia de los hechos recientes aparece plena de confusiones que sólo alcanzan claridad a través de su unidad en una trama. La bifurcación de situaciones producidas por acontecimientos no previstos y sin intención aparente, conducen a múltiples discursos, acciones simultáneas e inconexas que, sin trama, quedan fuera de la imitación “esforzada y completa”, con la que Aristóteles identifica a la tragedia superior. Así, en la mimesis trágica como reflejo mediado por el distanciamiento propio de su construcción, “el carácter de necesidad se aplica a acontecimientos que la trama hace contiguos. Los tiempos vacíos, o discordancias, no entran en cuenta.

En las primeras páginas que introducen *Tiempo y narración I*, Ricoeur expresa así su primera percepción: “Veo en las tramas que inventamos el medio privilegiado por el que reconfiguramos nuestra experiencia temporal, confusa, informe y, en el límite muda” (Ricoeur. 1995: 39).

Abre, entonces, su teoría sobre la relación entre la narración y las paradojas del tiempo con las meditaciones de San Agustín. La primera aporía que frente, a la pregunta sobre el ser del tiempo, resulta de la antítesis de una “tensión y distensión del alma”, consiste en que es obra del lenguaje, del verbo, la percepción de un “antes, un durante y un después” (Ricoeur. 1995: 44). Y por ende, así como es el lenguaje el que da entidad al tiempo, también es el lenguaje el que al mismo tiempo expresa su no ser, porque así como hablamos de las cosas pasadas, las presentes y las que vendrán, decimos también que el pasado ya no es, el futuro no es todavía y el presente no permanece.

Nace de este modo la concepción del tiempo de la conciencia de San Agustín que, bajo un estado espiritual de mortificación, resuelve la primera aporía a través de la idea del triple presente o segunda paradoja: presente del pasado, presente del futuro y presente del presente. Pero ese presente triple que encuentra en la espera, en el recuerdo y en la expectación, su propia medida, nace de una distensión o extensión del alma y resulta del choque del razonamiento agustiniano con la idea del tiempo externo, “que nos envuelve y nos domina”, de Aristóteles. Así, “la *distentio animi* es la posibilidad misma de la medida del tiempo” y, en consecuencia, la refutación a la tesis cosmológica, “aunque mal entablada”, constituye un eslabón indispensable en la argumentación de San Agustín (1996: 644)

Las conclusiones a las que Ricoeur llega después del largo recorrido sobre la fenomenología como hermenéutica de la experiencia del tiempo, ampliamente desarrollada en su libro tercero, le permiten señalar el fracaso de la teoría agustiniana, y sobre todo afirmar que éste consiste en “no haber logrado sustituir la concepción cosmológica del tiempo por la psicológica, pese al irrecusable progreso que representa esta psicología respecto de cualquier cosmológica del tiempo” (Ricoeur, 1996: 643).

El fracaso de la teoría que, paradójicamente, aporta la convicción acabada de que el tiempo tiene medida, consiste en que no permite ver cuál es la medida “fija” para medir lo que aumenta y lo que disminuye en la percepción psicológica del triple presente. Pero sobre todo, ese fracaso consiste en la debilidad de los argumentos para refutar la idea del tiempo cosmológico o externo pasando por alto la idea aristotélica del tiempo precisamente, como “algo del movimiento”. De ahí entonces que esa debilidad deje abiertos los dos accesos al problema del tiempo, “por el lado del espíritu y por el del mundo” y, por ende, en lo que ahora nos interesa,

La aporía de la narratividad, a la que responde de diversas maneras la operación narrativa, consiste precisamente en la dificultad que hay en mantener a un tiempo los dos extremos de la cadena. El tiempo del alma y el tiempo del mundo (Ricoeur. 1996: 646).

El recorrido de Ricoeur continúa hacia lo que considera “el fallo de la fenomenología como el anverso de su éxito” (1987: 48), o “el fondo del callejón sin salida” (1996: 646), a través de las aporías que respecto de la experiencia del tiempo, ésta va abriendo cada vez más profundamente en el interior de la conciencia. Así, y siguiendo su idea de fallo de la fenomenología, el tiempo como “un vivido puro” de Husserl se estrella contra el “arrecife kantiano del tiempo invisible”, y la fenomenología hermenéutica “del ser en el tiempo”, del tiempo encarnado en la vida humana, se revela incapaz de “engendrar aquello que excluye”, el tiempo vulgar. Pero dice claramente,

Compréndaseme bien: este fallo de la fenomenología es para mí precisamente el anverso de su éxito; es el precio cada vez más elevado que hay que pagar por la interiorización cada vez más radical de la conciencia íntima del tiempo; tiempo del movimiento en Aristóteles, tiempo objetivo con Kant, tiempo vulgar con Heidegger, todas las ciencias designan, entre etapas diferentes del saber, el reconocimiento de este otro del tiempo vivido que la fenomenología más aguzada no alcanza nunca (Ricoeur. 1987: 48).

Y finalmente, “¿He de añadir que el saber inmemorial siempre conoció este fracaso? (...) Siempre ha cantado la brevedad de la vida humana en comparación con la inmensidad del tiempo” (Ricoeur. 1987: 48).

Una metáfora entonces, da sentido y “remodela” esa naturaleza de orden inconcluso, o “idea rota del tiempo” que consiste en la duración insignificante de nuestras vidas, y al mismo tiempo la única “de donde sale toda cuestión importante” (Ricoeur. 1987: 48)

Las paradojas del tiempo en el relato histórico

Siguiendo la hipótesis de Ricoeur, “entre el tiempo vivido y el tiempo universal”, el tiempo histórico amparado por una “refiguración”, se convierte en un tercer tiempo. El tiempo histórico como tercera opción abierta por el choque de las aporías de la fenomenología, adquiere la forma de puente y la función de una mediación entre el tiempo fenomenológico y aquel que la fenomenología no logra constituir, tiempo del mundo, tiempo objetivo o tiempo ordinario (Ricoeur. 1996: 783).

En la argumentación de Ricoeur, convencionalmente los historiadores como práctica común utilizan “conectores” entre los dos tiempos. Esos “conectores” como el calendario, la memoria intergeneracional y los relatos que resultan del trabajo sobre las huellas, son formas de refiguración que intentan resolver la aporía entre el tiempo eterno, “sin presente, formado por una sucesión orientada de instantes cualesquiera, y un tiempo con presente que permite determinar el antes como pasado y el después como futuro” (Ricoeur, 1987: 49).

Así, los calendarios o primeros “puentes” son modos institucionalizados de periodización del tiempo histórico, y adquieren diversas formas de acuerdo a las convenciones culturales de las diferentes civilizaciones. Ricoeur hace referencia a la relación entre el tiempo del calendario y el tiempo mítico o cósmico que hasta la aparición de la escritura, y por ende aún en algunas culturas actuales que carecen de ella, era/es el modo predominante para fijar los ciclos agrícolas y los acontecimientos significativos, cuyo recordatorio se expresa a través de los ritos. La persistencia de ese tiempo mítico, incluso en muchos actos rituales popularmente enraizados de las sociedades civilizadas actuales, consiste en ese tiempo sin presente o sucesión de instantes que el calendario convencional de alguna manera y en parte puede incluir (Ricoeur. 1996: 786).

Convencionalmente, en el conjunto de las civilizaciones existe consenso por lo menos en lo que respecta al origen de la agricultura, a la invención de la escritura, y al nacimiento de Cristo, o de Buda, como acontecimientos fundadores que permiten ordenar los sucesos de acuerdo a un antes y a un después. Así, el tiempo calendario se instituye como gran paradigma de ordenación que permite datar a todo acontecimiento notable, asignándole un lugar en la relación de distancia o proximidad respecto del eje temporal establecido. Pero también opera como paradigma que permite incluir a todos los datos posibles, y en este sentido “reinscribe el tiempo vivido como destino privado o como destino común en el tiempo cósmico. Esta reinscripción es la primera réplica de la práctica histórica a la aporía principal que saca a luz la fenomenología del tiempo” (Ricoeur. 1987: 50).

Las generaciones son también consideradas como conectores porque constituyen meditaciones entre el tiempo de los predecesores, los contemporáneos y los sucesores. Con su flujo

constante de nacimiento y ocaso, dan continuidad al pasado, al presente y al futuro. Es precisamente ese flujo constante el que genera momentos de coexistencia entre varias de ellas, y por lo tanto impide precisar con exactitud cuál es el lapso adecuado para poder determinar, sólo con un criterio biológico, el paso de una generación a otra. Por eso Ricoeur se remite a Dilthey y a Mannheim, y considera con ellos que no sólo los cambios biológicos que separan y unen a los hombres bajo diferentes etapas de juventud, madurez y envejecimiento bastan para precisar el período de tiempo que identifica a una generación, sino que es necesario introducir aspectos cualitativos en ese tiempo social. Toma del primero el concepto de generación “como fenómeno intermedio entre el tiempo exterior del calendario y el tiempo interior de la vida psíquica”. Pero sobre todo enfatiza la relación que Dilthey establece entre dos modos de hacer referencia al concepto: la pertenencia y la sucesión. Pertenecen entonces, a la misma generación, los contemporáneos que han estado “expuestos a las mismas influencias y marcados por los mismos acontecimientos” (Ricoeur.1996: 793), y es esa pertenencia común entre los contemporáneos la que, a través de una sucesión de influencias recibidas y ejercidas, construye el flujo temporal de la experiencia. En ese flujo, “una cadena de recuerdos individuales y colectivos”, hace de soporte de ese “dialéctico”³ encuentro entre contemporáneos y no contemporáneos, o del “dialéctico” encuentro entre el presente y el pasado.

El problema que la idea de generación como “conector” pone de manifiesto es que ese sentimiento de pertenencia no es percibido del mismo modo por la totalidad de los contemporáneos. De lo que resulta una cadena de recuerdos rota o fragmentada, que Mannheim explica a partir del criterio sociológico de disposición prerreflexiva, o propensión a obrar, sentir o pensar de cierta manera, que diferencia a los contemporáneos de acuerdo con las diferentes influencias recibidas.

Pero lo que a Ricoeur le interesa en el sentido de su hipótesis es la significancia del tiempo anónimo. Ese tiempo anónimo, idea que toma de Alfred Schütz, es el tiempo que existe por encima de las vivencias privadas que los antepasados no pueden transmitir. El relato histórico media con dificultades entre ese tiempo anónimo y público, heredado generacionalmente, y el tiempo como vivencia, construido entre el yo y el tú, cotidiana e interpersonalmente. El conector del tiempo intergeneracional resulta ser, entonces, el relato de la memoria privada o cotidiana, que es transmitida por una generación y retenida por la memoria de la generación que le sucede. Así, “la memoria del antepasado se halla en intersección parcial con la memoria de sus descendientes, y esa intersección se produce en un presente común que puede presentar todos los grados, desde la intimidad del nosotros hasta el anonimato del reportaje” (Ricoeur. 1996: 799)

En una escala progresiva, la historia se constituiría por una cadena de memorias que, según Ricoeur, tiende cada vez más a ocultar la experiencia íntima -opaca también para sus contemporáneos-, en el anonimato del documento o del registro común, pero que se ve cada vez más interpelada por la necesidad del recuerdo interpersonal o de la significación íntima de la experiencia del tiempo cotidiano o, en el sentido del discurso de Ricoeur, por la necesidad ancestral de “cantar” “el sufrimiento cotidiano” (Ricoeur. 1996: 799).

Con las siguientes expresiones Ricoeur da paso al tercero de los puentes o representación simbólica de la copresencia de los diferentes tiempos: la huella,

Los antepasados y los sucesores son “otros”, cargados de un simbolismo opaco, cuya figura viene a ocupar el lugar de Otro, completamente distinto de los mortales. Dan testimonio de ello, por una parte, la representación de los muertos, no ya sólo como

³ Esta noción dialéctica de la sucesión entre las generaciones pertenece a la explicación de Mannheim respecto de los cambios traumáticos que a veces suceden debido “al cuestionamiento de los jóvenes a las certezas adquiridas por los ancianos en sus años jóvenes” (Ricoeur. 1996. 7 95).

ausentes de la historia, sino como aquellos que atormentan con sus sombras el presente histórico (Ricoeur, 1996: 801).

Esas sombras que atormentan son todos los vestigios del pasado que señalan en el presente la evidencia de algo de lo ocurrido, pero no todo lo que realmente ocurrió. Dentro de la variedad de vestigios que, en su paso, los hombres, los animales u otros fenómenos naturales dejan, el documento escrito es el que posibilita el origen de la actividad “científica” del historiador, o el que sostiene su pretensión de verdad. Toda la discusión epistemológica acerca de la validez de la prueba documental concluye de algún modo consensuando que, sin un historiador que sepa interrogar al vestigio con sentido, el documento pierde significación. Incluso, “los testigos a su pesar”, o “testimonios involuntarios” que sorprenden al historiador en su búsqueda, de los que habla Marc Bolch, sólo lo son porque hay un sentido en la operación heurística del investigador. No significa que el suceso del que el vestigio puede dar cuenta no haya existido, sino que carece de significación histórica.

La “ingenuidad” de la escuela histórica positivista construida sobre la convicción de que la totalidad de los vestigios hablan por sí mismos, queda de este modo rebatida, pero también, según Ricoeur, de ese modo queda agotada la discusión epistemológica, académica, de los historiadores (Ricoeur, 1996: 804).

Sin embargo, la cada vez más inabarcable ampliación del archivo como acervo institucionalizado de pruebas documentales, desde las más primitivas hasta las más sofisticadas formas de conservación informática, sigue siendo un recurso indispensable al que el historiador continúa recurriendo para mostrar la validez de sus observaciones sobre el pasado. Ante esta nueva paradoja en la actividad del historiador entre lo que cree y lo que hace, Ricoeur pregunta y responde a la vez,

¿es necesario, pues, renunciar a ver en la historiografía contemporánea, con sus bancos de datos, su tratamiento informático, su constitución de series, según el modelo de la historia serial, una ampliación de la memoria colectiva? Significaría romper con las nociones de huella y de testimonio del pasado. La noción de memoria colectiva debe ser considerada una noción difícil, desprovista de toda evidencia propia; análogamente su rechazo anunciaría en plazo fijo, el suicidio de la historia.” Concluye, entonces, que, “ la historia ha sido siempre una crítica de la narración social y, en este sentido, una rectificación de la memoria común. Todas las revoluciones documentales se inscriben en esta trayectoria.”(...) “Si, pues, ni la revolución documental, ni la crítica ideológica del documento alcanzan de modo radical la función que el documento posee de informar sobre el pasado y de ensanchar la base de la memoria colectiva, *la fuente de autoridad del documento, como instrumento de esa memoria, es la significancia vinculada a la huella* (Ricoeur, 1996: 806).

Precisamente, la significancia de la huella consiste para Ricoeur, en que ella persiste como vestigio que “refiere a dos registros temporales”. Ese doble registro se encuentra signado por la marca presente que ha sido dejada en el pasado. La marca “estática”, como evidencia de un tiempo que envuelve y que está siempre ahí, es evidencia presente del acto de haber pasado por ahí, y a la vez evidencia de que ese acto es ya pasado: “Por una parte, la huella es visible aquí y ahora, como vestigio, como marca. Por otra, hay huella porque antes un hombre ha pasado por ahí; una cosa ha actuado. En el uso mismo de la lengua, el vestigio, la marca indican el pasado del paso, la

anterioridad de la holladura, del surco, sin mostrar, sin revelar, lo que ha pasado por allí”.(Ricoeur, 1996: 807.)

La paradoja consiste entonces, en que “el paso ya no es pero la huella permanece”. Seguir esa huella que no es simplemente pasado, sino el testigo presente del pasado, es desvelar el “signo” de una causa ausente. Es iniciar una búsqueda para construir una historia que, orientada por “el conocimiento por huellas”, dé significancia a un acto pasado que ya ha terminado. Seguir una huella es seguir la fascinación del enigma del vestigio, “operar la mediación entre el ya no del transcurso y el todavía de la marca” (Ricoeur. 1987: 51).

La operación de mediación entre esa aporética del tiempo o enigma consiste en una resolución poética que, con heterogéneas pretensiones de verdad, consiguen los discursos históricos y los discursos de ficción.

La imaginación en el discurso histórico

Una pregunta difícil pero inevitable a la vez plantea el delicado problema que introduce la historiografía en el pensamiento histórico: ¿Qué queremos decir cuando decimos que algo ha sucedido realmente?

La noción de significancia de la huella enfrenta al historiador con las paradojas temporales que su relato debe resolver. Es entonces cuando su imaginación interviene de modo imprescindible y activamente. Y es esta intervención la que incluye a la historia en la clase de los relatos compartiendo con los discursos de ficción un modo de construcción poética, tema central de la teoría de Ricoeur.

Señalamos al principio que Ricoeur denomina refiguración la resolución poética que lucha por la mediación entre dos nociones solapadas del tiempo, y precisamos la definición del concepto. Ese término que vale tanto para el discurso histórico como para el de ficción, se abre en dos cuando Ricoeur establece las diferencias entre uno y otro. Así, “representancia” y “significancia” conciben de un modo dicotómico los objetivos propios de cada modo narrativo. Representancia entonces, es la función ejercida por el relato histórico respecto al pasado “real”, y significancia la función que “reviste el relato de ficción cuando la lectura pone en relación el mundo del texto y el mundo del lector” (1996: 837).

Pero, la pregunta ineludible sobre la realidad del pasado lleva a los historiadores, y no a los novelistas, de manera insustituible a la prueba documental. Así, la pregunta sobre la realidad confusa del pasado separa otra vez al discurso histórico y al discurso de ficción, porque la irrecusable pregunta que atormenta al historiador, perseguido siempre por un sentimiento de deuda con el pasado, no actúa de esa manera con la pretensión de verdad del novelista. Sometido “a lo que un día fue” (1996: 838), el historiador busca obstinadamente saldar su deuda con recursos que le confirman la evidencia de un pasado cada vez más esquivo. Por eso, si el historiador tiene una deuda con el pasado, el pasado es absolutamente ingrato con él.

Ricoeur resuelve la dramática paradoja de la deuda con el pasado y de su conocimiento indirecto recurriendo a la dialéctica de Platón, y situando al pasado en el lugar de los grandes géneros lo Mismo, lo Otro y lo Análogo: “No pretendo que la idea de pasado se construya mediante la conexión de estos tres grandes géneros, sólo sostengo que decimos algo sensato sobre el pasado pensándolo sucesivamente bajo el signo de lo Mismo, de lo Otro, de lo Análogo” (Ricoeur, 1996: 840).

Bajo el signo de lo Mismo, la operación histórica supera “el agujón de la distancia temporal” con una desdiciación del historiador y con una identificación de su presente con lo que antes fue. El pasado es concebido no como lo Otro antitético, sino como Mismo, en un proceso de deconstrucción de una cadena de acontecimientos en el que el historiador “repiensa” lo ya pensado. Ricoeur, se remite aquí a las reflexiones de Collingwood y a su *Idea sobre la historia*: “toda historia es la

reefectuación del pensamiento pasado en el propio espíritu del historiador” (Ricoeur, 1996: 842). Pero esa reeefectuación no indica un método, una intuición, y tampoco una actitud de empatía porque “repensar no es revivir.” La actividad del repensar del historiador consiste en un proceso que abarca al momento crítico sobre los documentos y a la cadena de acontecimientos ya pensados, ya escritos. Pero, lo más significativo de Collingwood para Ricoeur es que en ese proceso de crítica interviene ya, de modo activo, la imaginación del historiador. “Collingwood, no duda en hablar de la imaginación *a priori* para significar que el historiador es el juez de sus fuentes y no a la inversa” (Ricoeur, 1996: 843).

Siguiendo este razonamiento, que ubica al historiador como “juez de sus fuentes”, la operación de imaginación histórica, o reeefectuación, hace converger a los discursos históricos con los de ficción, que vuelven a separarse al considerar sus diferentes exigencias o variaciones imaginativas. El historiador debe construir “una imagen de las cosas tal como fueron en realidad”, y debe dar a esa imagen un sentido coherente. No tiene ese deber el novelista, aunque podamos afirmar que fuera de su actividad de imaginación, así como fuera de la reeefectuación del historiador, el pasado no sobrevive.

Lo pertinente ahora es que a la idea del pasado concebido como lo Mismo no sólo se le plantea el problema de la identidad⁴, sino que, además, se ve invalidada cuando permite concluir que “el historiador no conoce en absoluto al pasado sino su propio pensamiento sobre el pasado”. “La historia sólo tiene sentido si el historiador sabe que reeefectúa un acto que no es el suyo” (Ricoeur, 1996: 846).

Por eso Ricoeur reflexiona sobre una ontología negativa del pasado. Si no puede ser pensado como lo Mismo, ¿puede, entonces, el pasado, pensarse como lo Otro? Si bajo el signo de lo Mismo es necesario un proceso de desdiciantación y de identificación del historiador con el pasado, bajo el signo de lo Otro se hace necesario restituir el sentido de la distancia temporal, la distancia entre el pasado y el presente. “La historia tiende, entonces, a alejar masivamente el pasado del presente” (1996: 847).

En esta etapa de su argumentación, Ricoeur se remite a los historiadores que, sin llegar a la afirmación de que el pasado es un Otro, han reflexionado sobre la posibilidad de concebir su otredad. Así, la idea de la individualidad del hecho histórico, como hecho irrepitible, de Paul Veyne, separa al presente de un pasado absoluto, “el acontecimiento es caracterizado de modo bastante poco temporal por su individualidad” (Ricoeur. 1996: 850).

La individuación introduce entonces a la “diferencia” para operar sobre la reconstrucción del pasado. La actividad del historiador se convierte en una operación de análisis de las diferencias entre los acontecimientos del pasado respecto de los del presente. De ello se deduce que, aún si la historia fuese un “inventario de las diferencias” que separan “al otro de hoy del otro del pasado”, no podría sustituir al relato del historiador que con justicia insiste en poner en evidencia la copresencia del pasado y del presente.

Finalmente, Ricoeur explica cómo Michel de Certau desenmascara la falsa idea de que el historiador puede actuar absolutamente despojado de su tradición socio-cultural y operar así, científicamente, sobre el pasado considerado como lo otro. Porque, en realidad, lo que con esa operación de distanciamiento “científica” pretende es erigirse en árbitro del sentido de la historia. Así, la “diferencia” o individuación tomada por De Certau no es utilizada para separar el presente del pasado a través del distanciamiento científico del historiador, sino como “huida” de toda

⁴ Ricoeur trabaja sobre la tesis de la identidad en el sentido de que ninguna conciencia es transparente ante sí misma, y por lo tanto esa opacidad se hace extensible al acto de reeefectuación del pasado como lo Mismo (1996: 846).

aprehensión modelizante que oculta la riqueza del acontecimiento, pieza fundamental de la historia en tanto discurso narrativo (Ricoeur. 1996: 853).

Ricoeur introduce ya una tercera sugerencia que propone concebir al pasado “bajo el signo de lo análogo”, entendiendo por lo análogo, “una semejanza entre relaciones más que entre términos simples” (Ricoeur 1996: 854). La metáfora “del decir como qué fueron las cosas” (Ricoeur, 1987:55), es la asimilación integrativa de lo Mismo y lo Otro, de la identidad y la diferencia. Es hablar de lo que un día fue como si fuera lo que es hoy.

Ricoeur se pregunta si la tropología puede resolver el momento crítico al que llegaron los otros dos modos de concebir al pasado, y considera que en ese estadio se encuentra la teoría de los tropos de Hayden White.

Después de explicar el sentido de la actividad de prefiguración o poética del historiador según la teoría de White, y de exponer brevemente su tipología de los tropos lingüísticos, Ricoeur señala precisamente,

Quisiera decir ahora, en pocas palabras, cómo me sitúo yo mismo respecto de los análisis sutiles y a menudo oscuros de Hayden White. No dudo en decir que constituyen, a mi parecer, una contribución decisiva a la noción de representancia (...) con la que intento expresar la relación del relato histórico con el pasado real. Al proporcionar el apoyo de los recursos tropológicos al nexo entre una trama y un curso de acontecimientos, estos análisis confieren una preciosa credibilidad a nuestra sugerencia según la cual la relación respecto a la realidad del pasado debe pasar sucesivamente por la rejilla de lo Mismo, de lo Otro y de lo Análogo. El análisis tropológico es la explicación buscada de lo Análogo” (Ricoeur, 1996: 859).

Pero White no está preocupado por la realidad del pasado de la que no duda, sino por el contenido de verdad de su forma de representación, y por el sentido profundo de los discursos históricos que, inmerso en la estructura profunda de la narración, se encuentra representado por un tropo lingüístico que a la vez sanciona o domina todo su despliegue narrativo. La búsqueda de esa metáfora en los discursos históricos, para White, permite conocer las utopías, los sueños o la conciencia histórica de ese pasado ausente que no se encuentra sino en la narración. Ese es para él el valor o el sentido de la metáfora o de la poética histórica. Y en ese sentido podemos ver su similitud con la metáfora del pasado como lo Análogo que sugiere Ricoeur. Pero sus objetivos son diferentes. Continúa Ricoeur,

Reconozco de buen grado que, aislando del contexto de los otros dos grandes géneros lo Mismo y lo Otro - (...) el recurso a la tropología corre el riesgo de borrar la frontera entre la ficción y la historia (...) El propio White es consciente de este peligro (Ricoeur, 1996: 860).⁵

Por eso agrega, rescatando un propósito de White que lo acerca a su propia teoría, “no podemos conocer lo efectivo más que contrastándolo o comparándolo con lo imaginable” (White, en Ricoeur (1996: 860).

⁵ Veremos en el capítulo siguiente la argumentación de White respecto de la relación entre historia y ficción.

Lo imaginable en la argumentación de Ricoeur corresponde a ese acercamiento con el pasado a través de la asimilación analógica o metáfora con la que el historiador refigura el pasado. La metáfora es la que lo lleva a afirmar la idea de “referencia cruzada”, o de complementariedad entre el relato histórico y el relato de ficción a través de la cual cada uno toma algo prestado del otro para poder operar sobre las paradojas de la experiencia temporal.

Hemos visto cuáles son los puntos de encuentro y de distanciamiento entre uno y otro a partir de la operación del relato histórico. Ricoeur finaliza la argumentación de su hipótesis, presentando ahora los mismos motivos de confluencia y disimetría desde el relato de ficción. Así, la imaginación en el texto de ficción “apunta a un mundo posible, un mundo en el que podríamos vivir para desplegar en él nuestras potencialidades en tanto que seres en el mundo” (Ricoeur, 1987: 57). Por eso ese mundo del texto, “es ya una mirada indirecta hacia lo real”. Podríamos decir ahora con White que, sólo conocemos lo efectivo contrastándolo con lo imaginable. Pero Ricoeur enfatiza el lugar del lector como aquel en el que “la experiencia ficticia del tiempo que surge del texto converge con el mundo real del “actuar y del sufrir”. Es en ese encuentro donde la obra literaria completa su significación.

En esta intersección entre el mundo ficticio, ya desorbitado en comparación con la obra literaria, y el mundo real de la acción, también éste mediatizado por toda suerte de estructuras simbólicas, es donde tiene lugar el proceso que Gadamer describe como fusión de los horizontes (Ricoeur, 1987. 59).

La “disimetría” aumenta cuando Ricoeur señala el momento en el que el texto de ficción abandona o se libera de la referencia histórica, y explica cómo ese abandono se produce cuando la función de la representancia de descubre reveladora y transformadora a la vez: “Reveladora en el sentido de que saca a luz rasgos disimulados pero ya dibujados en el corazón de nuestra praxis pasional; transformadora en el sentido de que una vida así vista no sería una vida cambiada sino otra vida” (Ricoeur. 1987: 58).

Si el relato de ficción y el relato histórico se descubren como complementarios es por esa posibilidad que ambos comparten de mediar entre el “tiempo mortal y el tiempo cósmico”. Pero lo que más los separa, aún dentro de esa complementariedad es que mientras el segundo recurre a conexiones institucionalizadas que se construyen ineludiblemente gracias a la referencia documental, el primero lo hace a través de infinitas variaciones imaginarias para las cuales necesita imprescindiblemente liberarse de la atadura de esa misma referencia. “Lo imaginario, aquí, *potencia* la experiencia temporal común, nos libera del yugo de la deuda para con los hombres de otros tiempos” (Ricoeur, 1987: 60) y nos permite así, entrar en la experiencia de la eternidad, como experiencia de todo “aquello que hubiera podido tener lugar” (Ricoeur, 1987: 63). Así, en su intercambio, “referencia cruzada entre los dos relatos”, cada uno toma algo que identifica al otro, pero no la totalidad de lo que a cada uno continúa haciendo singular. Por eso el discurso de ficción es “cuasi histórico” en su pretensión de historización, y en ese sentido responde a la exigencia del contar las cosas del pasado con una secuencia temporal que muestre a éstas como si realmente hubieran sucedido. Y también por eso, sus ataduras son más sutiles o interiores que las de la historia. Se expresan a través del sentimiento angustioso de la creación artística, que le exige “dar de la manera más perfecta la visión del mundo que anima a la voz narrativa” (Ricoeur, 1987: 63). Entonces, ¿cual de los dos relatos es más insolvente para con la misma deuda? (Ricoeur, 1987: 63).

Volviendo sobre la propia teoría de Paul Ricoeur, podemos decir que si el novelista padece la atadura con el pasado como una exigencia artística, el historiador padece las dos.

La condición irrenunciable de la narración en la historiografía

Durante las primeras décadas del siglo XX, dos escuelas dedicadas al pensamiento sobre el conocimiento histórico reaccionaron contra el estilo descriptivo de la historiografía predominante en el siglo XIX, cuya concepción de la historia consistía en que la descripción fiel de los sucesos del pasado bastaba para legitimar la veracidad del historiador. El realismo de estos historiadores perseguía el propósito de mostrar cómo de esa forma el historiador era capaz de abordar su objeto distanciado de su propia tradición cultural. La Escuela francesa de *Annales* y la Escuela inglesa de método nomológico deductivo nacieron guiadas por una misma pretensión que, por un camino epistemológico opuesto, condujo a la historia al campo de las ciencias sociales. Conducidas por este afán, ambas escuelas, a pesar de sus diferencias, tuvieron en común tanto su rechazo a la filosofía de la historia como la negación del carácter narrativo de la historia.

Ricoeur, apoyándose en una reconstrucción historiográfica que incluye a todos los historiadores tanto de *Annales* como a los representantes del método nomológico deductivo, se propone mostrar cómo ese enorme esfuerzo del pensamiento histórico no consigue ocultar a la narración como actividad esencial en la operación histórica, o mejor dicho, el carácter esencialmente narrativo de la historia.

La convergencia en los resultados de ambas escuelas, como síntesis de argumentaciones diferentes, sorprende a Ricoeur: “En la historiografía francesa, el eclipse de la narración procede principalmente del desplazamiento del objeto de la historia: ya no es el individuo agente sino el hecho social en su totalidad. En el positivismo lógico, el eclipse de la narración procede más bien de la ruptura epistemológica entre la explicación histórica y la narrativa” (Ricoeur, 1995: 170).

Fundamentalmente, para Ricoeur, el problema epistemológico que a partir de estas escuelas lleva “al eclipse de la narración” gira en torno de la noción confusa del acontecimiento histórico. Por eso comienza “su alegato a favor de la narración” (Ricoeur, 1995: 209), con sus críticas al uso común del concepto, y en el curso de sus reflexiones examina las aportaciones que la escuela de *Annales* hace a la teoría de la historia. Así, la escuela francesa, en su rechazo de la historia como “narración de acontecimientos”, es “la piedra de toque” de todo el debate discursivo posterior.

En sus críticas de las “evidencias engañosas” del sentido común acerca de la noción de acontecimiento, Ricoeur despeja una a una las paradojas que aún oprimen al relato histórico. En razón de ello, la primera de esas evidencias consiste en concebir al “acontecimiento histórico como lo que realmente se ha producido en el pasado.” La segunda, en considerar al acontecimiento sólo como las cosas “asignables” a agentes humanos, producidas y padecidas por los hombres. Y finalmente, la evidencia del pasado percibido como un otro absoluto ya desarrollado en el apartado anterior (Ricoeur, 1995: 171).

Además de estas consideraciones comúnmente aceptadas sobre la noción de acontecimiento, Ricoeur observa un nivel epistemológico, también común, en el que se considera la singularidad o irrepetibilidad como condición esencial del suceso en oposición a la idea de la existencia de leyes generales para la explicación de la acción humana pasada. Así, sólo la contingencia es vista como una amenaza a estas formas de concebir el transcurso de la historia.

En su largo recorrido, Ricoeur toma de Aron y de Marrou, herederos de la filosofía de la historia de Dilthey, Simmel y Weber, sus reflexiones sobre el objeto de la historia que, anteriores a la Escuela de *Annales*, fueron el inicio de su propio argumento contra las nociones comunes del acontecimiento. En apretada síntesis, ambos historiadores cuestionaron el objeto de la historia como pasado absoluto e introdujeron la reflexión sobre la participación indispensable de la comprensión del historiador en la significación de los acontecimientos pasados.

Según Ricoeur, “la disolución del objeto” que comienza con estos historiadores cuestiona la objetividad de la causalidad histórica así como la probabilidad retrospectiva. El acontecimiento

La narración histórica en la teoría de Paul Ricoeur. Fragmentos de un debate María Teresa Bonet

comienza a emerger entonces como “hecho” de un modo diferente a la vieja idea de los realistas del siglo XIX. Así, “la probabilidad que nace del carácter parcial de los análisis históricos y de las relaciones causales está en nuestra mente y no en las cosas” (Aron, en Ricoeur, 1995: 173).

Pero según Ricoeur, ni Aron, primero, ni Marrou, después, descartaron la idea de la historia como saber o ciencia. Cuestionaron la idea positivista “del pasado en sí” que podía encontrarse ahí, tal cual había sido en los documentos, y con ello hablaron de cómo la historia asistía a la disolución de un objeto sobre el que era necesario volver a pensar. En todo caso, se preguntaron de qué ciencia se trataba la historia (Ricoeur, 1995: 175).

La incorporación de la comprensión a la verdad se constituyó en “el centro mismo de la filosofía crítica”.

En 1929, Marc Bloch y Lucien Febvre, creadores de la escuela de *Annales* de Historia Económica y Social, se propusieron transformar al estudio de los hombres en el tiempo en una ciencia o, en el estudio científicamente elaborado de las actividades y de las diversas creaciones de los hombres de otros tiempos.

El documento como testigo por sí mismo de un acontecer tal cual había sido, y su exposición como resultado de una búsqueda obstinada para el conocimiento de un pasado absolutamente verdadero, comenzó a ser relativizado en esta escuela, cuando Marc Bloch retomó la idea de la historia como “conocimiento por huellas” de Francois Simiand. Esas huellas que contenían ya una paradoja del tiempo histórico, en el análisis de Marc Bloch, sólo serían capaces de ofrecer conocimiento por las “relaciones entre los testigos,” dentro de los cuales también se encontraba el documento escrito: las narraciones. Como un testigo más entre tantos otros, la narración se identificó así con el documento escrito.

Pero Ricoeur, consecuente con su teoría, destaca que la verdadera aportación de Marc Bloch corresponde al haber advertido que “la explicación histórica consiste, esencialmente en la constitución de cadenas de fenómenos semejantes y en la elaboración de sus interacciones” (Ricoeur, 1995: 178) En esa cadena de fenómenos semejantes, Ricoeur encuentra la presencia oculta de la narración.

Según Joseph Fontana (1982), la pretensión de los historiadores de *Annales* había surgido en el seno de la crisis de las ciencias humanas cuya ruptura del marco de especialización, desafiaba la razón de ser de la historia como una ciencia explicativa del comportamiento social universal. Por eso consideraron a cada sociedad como una unidad en la que se confundían sin jerarquización lo económico, lo social, lo político y para ello propusieron su apertura hacia otras disciplinas, hecho que los condujo hacia cierta hibridación metodológica así como a la omisión de una teoría explicativa. El peso del contexto se impone en 1941, cuando Febvre elimina la palabra “económica” de la revista y declara la preeminencia de la historia social. La historia es sin más la ciencia de lo social, y lo social entendido como totalidad se anticipa así a las mentalidades, a las que historiador puede acceder a través de “utillajes mentales”: “...el individuo es devuelto a su época, sea quien fuere no puede sustraerse a las determinaciones que gobiernan las formas de pensar y de actuar de sus contemporáneos” (Chartier, 1992: 22).

Pero es en Fernand Braudel, -director de la revista a partir de 1958-, y en el manifiesto de la Escuela de *Annales*, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, donde Ricoeur descubre la presencia oculta de la más brillante narrativa.

Como es sabido, Braudel, introduce la idea de la larga, y la muy larga duración, para la comprensión de la dinámica histórica. Introduce también, tomando prestado de otras disciplinas, las construcciones mentales de estructura, coyuntura, ciclos, crisis, para explicar el movimiento del tiempo histórico y disolver así la pretensión egocéntrica del acontecimiento en la historia de los positivistas franceses.

Ricoeur, comienza entonces por despejar todos los componentes de un tipo de relato que en su crítica a la historia de acontecimientos políticos - de batallas y de reyes -, había desestimado a la narración, y pone al desnudo las sutiles contradicciones que se exponen a continuación: Si para Braudel el acontecimiento visto como las cosas que suceden no es el resultado de las acciones de agentes identificables; si el individuo no es el creador esencial de los cambios históricos y si los cambios más significativos, porque son efímeros y episódicos, “no son padecidos por los hombres”, la historia de los acontecimientos no puede ser sino sólo una historia descriptiva. Episódica, de corto alcance, *évènementielle*. Esa historia “engañosa” y “caprichosa” se escribe al calor de los acontecimientos de “tiempo breve”, llenos de humanidad, pero también de una conciencia vacua. El acontecimiento “con un relato precipitado, dramático, de corto aliento”, es para Fernand Braudel, el hecho individual que no puede comprenderse sin su relación con un tiempo intermedio creado por las estructuras, las tendencias, los grupos y las instituciones que, economistas y sociólogos ofrecen al historiador.

Entonces, los héroes individuales dan paso a los héroes colectivos. La clase, los grupos, la ciudad, el campesinado, *el mundo mediterráneo*, se constituyen como sujetos capaces de mostrar cómo las condiciones económicas son una parte importante - pero sólo eso - dentro del fenómeno humano comprendido en su totalidad. Así, la historia política se desvía hacia la historia social y con ella la acción individual se diluye dentro de pesadas estructuras.

Pero “enterrada aún más profundamente reinaba una historia casi inmóvil, la del hombre en sus relaciones con el medio que le rodea.” “Anónima, profunda y silenciosa”, esta historia, hace a los hombres más que éstos a aquélla” (Ricoeur, 1995: 182). Es la historia del tiempo geográfico, la de la roca, la de las civilizaciones, la de la obstinada constancia de la muy larga duración frente al “frenes” del acontecimiento.

Ricoeur destaca con insistencia las metáforas con las que Braudel transmite sus ideas sobre el movimiento del tiempo, - velocidad, lentitud, relación entre el tiempo corto y la larga duración -, allí hay una narración poética que se resiste a autodenominarse como tal. Así, el tiempo corto es “una agitación superficial, las olas que las mareas levantan con su poderoso movimiento - una historia de oscilaciones breves, rápidas, nerviosas.” Una historia ciega, “de un mundo ciego, despreocupado de historias de profundidad, de sus aguas vivas sobre las que se desliza nuestra barca como los barcos más ebrios” (Braudel, en Ricoeur. 1995: 183).

También, con recursos melancólicos como el “engaño”, el “sortilegio”, el “capricho” o los “resplandores opacos”, o “el tiempo corto de nuestras ilusiones”, Ricoeur interpreta la idea del presente desgarrador contenida en el prefacio a *Escritos sobre la historia* de Braudel.

En estas metáforas encuentra la actitud modesta de quien no cree ya en la posibilidad de que los hombres, al menos los grandes hombres, hagan la historia. Pero, además, la preeminencia de un tiempo, una historia, una vida, como un *durar* que casi sin cambiar consigue equilibrio en relación con el cambio breve. Así, en esta “especie de estabilidad en el cambio”, el historiador se mantiene siempre en guardia frente a la amenaza de los modelos sociológicos de intemporalidad o de sincronía porque -y esto es lo central -, “más significativos aún que las estructuras profundas de la vida son sus puntos de ruptura, su brusco o lento deterioro por presiones contradictorias.” (Ricoeur, 1995: 185).

Tal vez su original creación sobre del uso de los tiempos múltiples haya sido un alegato en defensa de una historia amenazada por la atemporalidad de los modelos matemáticos, sociológicos, antropológicos. La multiplicidad del tiempo es lo que la historia tiene para dar a los sociólogos según las palabras del propio Braudel en la *Historia y las Ciencias Sociales*. Impulsado por la defensa de una disciplina relegada a un lugar secundario en las investigaciones norteamericanas durante la Guerra Fría, ofrece la duración social, “esos tiempos múltiples y contradictorios de la vida de los hombres que no son únicamente la sustancia del pasado sino también la materia de la vida social actual”

(Braudel, 1982). Pero sobre todo, preso de la pesada carga de la historia del hecho irreplicable, deprecia al acontecimiento que, paradójicamente en su narración, es una parte esencial del tiempo múltiple.

Cuenta Jacques Rancière, no sólo cómo la historia amante de lo fáctico, de la estadística o de las cifras, no pudo entender nunca la metáfora de “un desierto conquistador entrando más de una vez en el Mediterráneo” (Rancière, 1992: 11), sino también que su creador, Braudel, había recurrido a solapar la mención de un acontecimiento necesario dentro de su relato, por el temor de incurrir una vez más en la historia de batallas y de reyes.

En el capítulo sobre “El rey muerto”, Rancière nos cuenta por qué Braudel nos explica el salto en un relato que debió resolverse con la muerte de Felipe II: “No hemos citado en su justo lugar un acontecimiento no obstante sensacional que dio vuelta por el mar y por el mundo: la muerte de Felipe II, el 13 de septiembre de 1598.” La noticia de una muerte que daba vueltas al mundo era también la noticia del desplazamiento desde el Mediterráneo hacia el Atlántico. Era, a la vez, según Rancière, el cambio de una ciencia y de su inserción en el mundo político. La historia de reyes daba entonces lugar a la historia de masas.

El historiador pudo omitir llanamente el hecho o destacarlo sólo diciendo que de “eso” no hablaría en profundidad, pero Braudel había optado por un tercer lugar. Había apelado a la ficción y había desplazado el momento de ese hecho casi al finalizar su libro y antes de llegar a sus conclusiones. Rancière dice entonces que Braudel nos habla así del nacimiento de una “nueva historia” y de la muerte de otra tan conmovedora como la muerte del propio rey: “desplazar al acontecimiento, colocarlo al final, en el borde del blanco que separa el libro de su conclusión, es transformarlo en su propia metáfora” (Rancière, 1992: 20).

Pero es Ricoeur quien con una “lectura paciente” del Mediterráneo intenta llegar a la intencionalidad histórica implícita en las tramas temporales de Braudel. El Mediterráneo es el espejo en el que puede ver una identidad entre el acontecimiento histórico y el “acontecimiento enmarcado por la trama”. En la teoría de la pluralidad del tiempo social Ricoeur halla una “contribución importante para la teoría del tiempo narrativo” que se inicia con una primera pregunta acerca de qué había sido lo que le había permitido pensar a Braudel en una “historia casi inmóvil”, otra “lentamente acompañada” y otra “de dimensión individual”. Ricoeur encuentra así, un principio de unidad para explicarnos cómo el acontecimiento “se hace” histórico cuando es entramado.

Sin negar la distinción de los tiempos escalonados de Braudel, descubre en las transiciones, en la relación entre estructura y acontecimiento, ese principio de unidad. Las “estructuras de transición” son las que confieren coherencia a esta relación en términos de una historia conformada por tiempos múltiples y engarzados en una trama: “por estructura de transición entiendo todos los procedimientos de análisis y de exposición que hacen que la obra deba leerse de adelante hacia atrás y de atrás hacia adelante” (Ricoeur, 1995: 338).

La teoría de los tiempos múltiples aparece claramente bajo la imagen de planos simultáneos en la interpretación que, sobre el *Mediterráneo*, realiza Ricoeur. De este modo una primera parte con predominio de lo geográfico se une, por medio de una transicional puesta en los fenómenos de la civilización de larga duración, a una tercera que, con el reinado de Felipe II, muestra el tercer plano centrado en lo episódico. Un mar interior inundado por la presencia humana y por su “hormigueo de acontecimientos”, sus acciones de exploración, de navegación, de dominio, se une a otra por el pasaje por una geopolítica que Braudel construye en su segundo libro. Una estructura transicional en la que las “zonas marítimas” se convierten en “zonas políticas” y en la que el Mediterráneo se extiende hacia el sur al ritmo del desarrollo del comercio, desgarrado por dos imperios, por dos historias, la de los españoles y la de los turcos.

El predominio de lo físico-geográfico de la primera parte, se desplaza hacia lo humano cuando “los pueblos del mar” avanzan sobre “las aguas” para unir las regiones mediterráneas en una historia de caminos, mercados, comercio y finanzas. Dice entonces, Ricoeur, “es el empuje de los Estados unidos al capitalismo y no este último, el que hace que la larga historia de las economías se entregue continuamente a lo episódico”, al comercio de la pimienta, a la crisis del trigo, a la invasión del Mediterráneo por los navíos del Atlántico, y también a la política de los imperios, la guerra, América y las civilizaciones: “El drama del mediterráneo en el siglo XVI, es ante todo, un drama de crecimiento político, de entrada en acción de los colosos” (Braudel, en Ricoeur, 1995: 342).

La totalidad no es posible en el relato del historiador que en este segundo plano nos deja una historia de lo esencial y que, con la coronación de su obra, reconoce la necesidad de lo episódico en la estructuración de una narración. El peso de los acontecimientos importantes tal como fueron sentidos por sus hombres se impone como causa y también como efecto: “pero el arte de Braudel consiste en estructurar su historia de los acontecimientos -y su historia no es parca en fechas, batallas y tratados- no sólo dividiéndolos en períodos, como hacen todos los historiadores, sino también enraizándolos de nuevo en las estructuras y las coyunturas...” Así, la muerte de Felipe II es la historia de la España abandonando al Mediterráneo, “es la noche de un largo reino que había parecido interminable a sus adversarios.” (en Ricoeur, 1995: 347).

Lo narrativo no está sólo en el relato de las coyunturas políticas o económicas, ni en la narración de los acontecimientos de su tercer plano. No hay en Braudel una sola narración o una sola trama. No es su obra una novela capaz de integrarlas a todas. Son subtramas que contribuyen con la narración de una intriga principal: “el ocaso del Mediterráneo como héroe colectivo en la escena de la historia mundial” (Ricoeur, 1995: 349).

Una peripecia cuya contingencia hubiera podido ser el avance de la fuerza del imperio español hacia el Atlántico y cuya trama resuelve, disolviéndola, en la coherencia de un relato que finaliza con una muerte quizá poco importante para sus contemporáneos pero de enormes efectos en sus sucesores. Por eso Ricoeur vuelve al acontecimiento. Esencial en sus diferencias con la Escuela Francesa, ni explosivo, ni breve, el acontecimiento es aquí “una variable de la trama” que hace distinguibles una estructura de otra, marcando los cambios con sus diferentes ritmos. Así se alejan el relato histórico y el sociológico. Varían sus modos de pensar la estructura como forma de organización de una narración. Para el historiador “el acontecimiento informa constantemente a las estructuras desde adentro”. Las llena de contenido, de vida, de humanidad, de acción y por ende de discontinuidad. La discordancia -de los cambios de las estructuras- “crea acontecimiento cuando los diferentes ritmos de la vida dejan de coincidir” (Ricoeur, 1995: 353).

Ricoeur concluye de este modo su teoría sobre las tramas de Braudel y vuelve así sobre el carácter esencialmente narrativo de la historia:

El descubrimiento de la larga duración puede expresar el olvido del tiempo humano, que requiere siempre de la marca presente.” (...) “si el acontecimiento de corto alcance dificulta la toma de conciencia del tiempo que no hacemos, la larga duración puede también encubrir el tiempo que somos.” (...) “Esa desastrosa consecuencia sólo puede eludirse si se preserva la analogía entre el tiempo de los individuos y el de las civilizaciones: analogía del crecimiento y de la decadencia, de la creación y de la muerte, analogía del destino (Ricoeur, 1995: 363).

A continuación, Ricoeur explica cómo el “eclipse de la narración” es también ocasionado por la teoría del positivismo lógico o la Escuela inglesa de método nomológico deductivo, y cómo las

revisiones internas sobre el propio modelo a partir del problema de la comprensión, abren el camino para la emergencia de las tesis narrativistas.

Si bien el problema de la narración no es lo que preocupa a los teóricos de la historia en los años cuarenta o cincuenta, ocupados más bien en demostrar que la comprensión no es una condición necesaria para la explicación histórica, tanto los historiadores de esta escuela analítica como los de la historiografía francesa identifican a la historia del acontecimiento o hecho irrepitable con toda narrativa histórica. La narración entendida de ese modo es considerada algo muy pobre si se pretende demostrar que la historia es verdaderamente una ciencia.

Ricoeur nos muestra cómo una epistemología de la historia que parte de la noción del acontecimiento físico para explicar al humano, y que por lo tanto deduce la realidad de los hechos del pasado, así como su previsibilidad a partir del cumplimiento de una ley, lleva al límite de la “explosión” a su propio argumento. El azar, la experiencia cotidiana y, en otro orden, las variaciones en el tiempo que por ínfimas que sean indican la irrepitibilidad del acontecimiento así como su inabarcabilidad, dividen internamente a los historiadores del “modelo nomológico” y abren, sin querer, las puertas a sus críticos.

Lo que ahora nos interesa es que “el ataque contra la comprensión en los partidarios del modelo nomológico tiene el mismo resultado, si no la misma problemática, que el ataque contra el acontecimiento en los historiadores de la larga duración: el eclipse de la narración.” (Ricoeur, 195) En primer lugar, de la relación entre acontecimiento y ley surge de la noción del acontecimiento histórico como semejante a cualquier otro, físico, natural, etc. Esta noción despoja entonces al primero de “su estatuto narrativo” y “lo coloca dentro del marco de la oposición entre lo particular y lo universal.” Así, sobre la base del cumplimiento de determinadas condiciones predominantes en acontecimientos anteriores, se pueden observar ciertas regularidades susceptibles de ser elevadas a categoría de hipótesis y luego de ley. Dado que en el camino puede fallar la observación empírica de las condiciones previas o la universalidad de la ley, tres conceptos “recubiertos” entre sí, refuerzan al modelo en cuestión: la ley, la causa y la explicación por medio de razones.

El modelo prescriptivo deja afuera la singularidad del acontecimiento porque concibe a éste como perteneciente a “un tipo específico” de sucesos y, en consecuencia rechaza su condición de irrepitibilidad.

Con el debilitamiento del método nomológico de la explicación que, como se ha visto, considera sólo el “carácter episódico de la narración y no el configurador”, desde la filosofía analítica como “teoría de las descripciones”, comienza a insinuarse hacia 1965 la comprensión narrativa como condición necesaria para la explicación histórica.

Esta teoría, a la que Ricoeur presenta a partir de las reflexiones sobre las frases narrativas de Arthur Danto, parte de la idea de que las descripciones expresan un modo de pensar el mundo, y ese modo se caracteriza por el empleo de frases compuestas “por verbos en tiempo pasado”, -a diferencia del presente de los empiristas -, y “enunciados irreductiblemente narrativos.” El sentido de la historia se halla así representado por la composición de “un cuadro conjunto del pasado al futuro”, un modo de encadenar configuraciones del pasado hacia el porvenir.

Danto, en el análisis de Ricoeur, descarta la idea de un pasado estático y determinado, “parado en el ser”, y de ese modo ofrece a la historia la posibilidad de pensar en un futuro abierto. El pasado estático pasa a ser pensado como un receptáculo de acontecimientos, cuya descripción sólo añade uno a otro y a otro que, en orden acumulativo, no modifica en nada al anterior. Sólo un cronista ideal como testigo absoluto podría describir una historia completa de ese pasado totalmente terminado, y por lo tanto las historias así construidas serían sólo aproximaciones más o menos distantes de la que, como “testigo perfecto” (Lozano, 1987), hubiera alcanzado ese cronista ideal.

Pero lo que Ricoeur destaca de la teoría de Danto, pertinente a la argumentación de su hipótesis, es la idea de que la significación de los acontecimientos entramados en una narración depende del modo con el que son empleados los tiempos verbales en sus frases. Ricoeur explica los tres tiempos verbales que Danto identifica en una misma frase a partir de que la significación de un hecho pasado se da en relación con otro acontecimiento separado de aquel por una relativa distancia temporal. Los tres tiempos que integra la frase, corresponden al del acontecimiento que se describe, el del acontecimiento desde el que se describe al primero, y al tiempo al que pertenece el narrador.

De modo que un acontecimiento se convierte en causa de otro sólo a partir de estas construcciones narrativas que reúnen varios tiempos en una sola frase. Un acontecimiento posterior confiere categoría de causa a uno anterior y este pasaje se realiza desde otro momento temporal: el del narrador.

En este caso la teoría analítica persigue la idea o sentido de un futuro o de una historia abierta, sin posibilidad de predicción posible, porque “no hay historia del presente en un sentido estrictamente narrativo” (Ricoeur, 1995:248). No podríamos anticipar a los historiadores todo lo que hoy ocurre y tendrá significación después.

Ese futuro abierto se expresa también en la idea siguiente: “una frase narrativa es una de las descripciones posibles de una acción en función de acontecimientos desconocidos por los agentes, pero conocidos por el historiador.” Y además, “como las descripciones que se hacen de los acontecimientos, se pueden cambiar en función de lo que sabemos de los acontecimientos ulteriores”, “no se puede articular una descripción definitiva de un acontecimiento pasado” (Ricoeur. 1995: 243).

Las tesis narrativistas de los historiadores anglosajones como Danto, (Ricoeur.1995: 262), reactualizaron el debate que antes iniciara *Annales* respecto de la narración histórica como descripción de lo episódico. A partir de aquí, dentro de posiciones enfrentadas, hubo historiadores que argumentaron en favor de la pertenencia completa de la historia al campo narrativo, y quienes amparados por la tradición del positivismo lógico y por la innegable influencia de la historia social, rechazaron de plano la comprensión narrativa.

Dentro de esta dicotomía, algunas teorías fueron más integradoras que otras. Así, Danto no reduce la realización de un texto histórico a una sucesión de frases narrativas y tampoco sostiene que la teoría de la historia debe limitarse a la teoría narrativa. No obstante, frente a las tesis que las separan radicalmente muestra analíticamente cómo explicación es a la vez descripción: “ya una simple narración hace más que relacionar acontecimientos dentro de su orden de aparición” (Ricoeur. 1995: 249).

A continuación, Ricoeur dedica el último apartado de su fecunda historia de la historiografía del siglo XX “a la explicación por medio de la trama”, y dentro de esta categoría incluye, destacando las diferencias, sus reflexiones sobre las teorías narrativistas de Hayden White y de Paul Veyne.

Para Paul Veyne, no hay historia de lo episódico separada de lo no episódico porque la historia es trama y la trama pertenece al mundo de lo probable: “Una trama se hace con lo que se sabe; es, por naturaleza, un conocimiento mutilado” (en Ricoeur, 1995. 283).

Pero son las aportaciones de Paul Ricoeur a la teoría de White, las que centran ahora nuestra atención.

Hemos hecho ya mención a la forma con la que Ricoeur vincula la teoría de los tropos de White con sus ideas acerca de la relación análoga entre el presente y el pasado. Sobre todo, al modo con el que manifiesta la posibilidad que ella abre para considerar la homologación entre el discurso histórico y el discurso de ficción.

Para Ricoeur, la fuerza de los análisis de White descansa en la lucidez con la que éste explicita sus presupuestos. Pero a partir de ellos, se introduce de lleno en la teoría de la imaginación histórica,

en la concepción de la obra histórica, y en la estrategia narrativa específica que White construye acerca de la composición del discurso histórico.

Nada de lo que afirma respecto de la teoría de White es definitivo, y ello se demuestra por las modificaciones que sobre sus cuestionamientos, se observan en sus diferentes obras, o variaciones sobre su hipótesis fundamental. Así, sus cuestionamientos parten de un presupuesto importante que ubica a White dentro de los teóricos de las tesis narrativistas pero situado en una posición más bien inclinada hacia la idea de que la historia es sólo una invención de la trama. Ese presupuesto consiste en considerar la pertenencia de la concepción de la obra histórica o “estructura verbal”, de White, al mundo de la ficción. Y en ese sentido, señala que “el primer presupuesto de la poética del discurso histórico es que ficción e historia pertenecen a la misma clase” (White, en Ricoeur. 1995: 269).

Siguiendo el sentido de esta interpretación sobre White, en primer lugar Ricoeur considera que la “poética de la imaginación histórica” es una trasgresión de la prohibición de la teoría aristotélica que excluye a la historia de la problemática del “mythos” o representación de la acción (Ricoeur, 1995: 270) En este sentido, señala tomando a Aristóteles que “la historia es episódica: porque relata lo acontecido realmente; pues lo real a diferencia de lo que el poeta concibe, y que ilustra la *peripeteia*, implica una contingencia que escapa al dominio del poeta. En último término, el poeta puede alejarse de lo real y elevarse a lo posible y verosímil por ser el autor de su trama. Por lo tanto, la traslación de la historia al círculo de la poética no es un acto inocente y no puede carecer de consecuencias respecto de la contingencia real” (Ricoeur, 1995: 271).

Así, Ricoeur interpreta que la separación entre trama (*plot*) e *story* o “historia narrada” (Ricoeur, 1995: 272), es un intento de White de salir de la prohibición aristotélica pagando el precio de esa concesión (Ricoeur. 1995: 272).

El segundo de los cuestionamientos de Ricoeur a la teoría de White estrechamente vinculado con la separación de White entre trama o primer relato, consiste textualmente en que “la construcción de la trama conserva un efecto explicativo distinto de la historia narrada, en el sentido de que explica no los acontecimientos de la historia narrada, sino esa misma historia, al identificar la clase a la que pertenece. El hilo de la historia narrada permite identificar una configuración única; la invención de la trama invita a reconocer una clase tradicional de configuraciones” (Ricoeur, 1995: 274). En otras palabras, esas configuraciones que expresan la utopía, o la idealización de la sociedad y del mundo que se desea, se reconocen convencional y tipológicamente como trágica, cómica, romántica o satírica, y es en esas formas de tramar donde es posible captar el sentido último de una obra o, en palabras de White, de un relato histórico completo.

Estas afirmaciones de Ricoeur refieren a dos núcleos importantes. En principio vuelven sobre una omisión central ya sugerida: la imposibilidad de separación que White establece claramente entre forma y contenido, (forma de la trama y sentido o visión del mundo). El tipo de trama, para White, explica “por su forma” el significado del sentido del curso de los acontecimientos contenido en la totalidad del discurso histórico. Así, y en apretada síntesis, la sátira dominada por la ironía concibe a un mundo acomodado a las “miseras o nulas posibilidades” de cambio que nos ofrece. El hombre, ángel y demonio a la vez, se ve superado siempre por éste, así como la virtud por la corrupción, de ahí la melancolía pesimista de la sátira trágica; la Tragedia dominada por la oposición entre dos fuerzas, el héroe y el mundo, representa a una prudencia que no inhibe la acción pero que nos muestra la tensión permanente entre las posibilidades humanas y el mundo, la sociedad, los Otros o “el tiempo externo que nos envuelve y nos domina”; el Romance es la metáfora representativa del triunfo optimista del héroe que repara, transforma, interpela al mundo y con la fuerza de su acción, logra imponer el bien sobre el mal; y la Comedia, con sus finales festivos, señala siempre la reconciliación, eventual o ocasional, de los opuestos.

La misma cita, también, hace referencia a que White elude o no destaca apropiadamente la consideración de la tradición histórico-cultural, compartida entre el historiador y un público, como condición ineludible en el efecto que el primero pretende lograr al elegir determinada trama. Así, otros párrafos aclaran que: “el historiador, como escritor, se dirige a un público capaz de reconocer las formas tradicionales del arte de narrar. Las estructuras no son, pues, reglas inertes (...) Son las formas de una herencia cultural” (Ricoeur, 1995: 280).

En otro orden, Ricoeur hace explícito que es consciente del perjuicio que ocasiona a la obra de White al separar sus análisis formales - trama, argumento - de su teoría de los tropos lingüísticos a la que considera más débil⁶ (Ricoeur, 1995: 272). Y en este sentido señala que en la teoría de White, el estilo pasa a un segundo plano porque surge de una combinación posible y flexible de los diferentes modos de explicación: trama, argumento e ideología (Ricoeur, 1995: 277). Sin embargo, con White vemos que el estilo se halla dominado por un tropo lingüístico (ironía, metáfora, etc.) que el historiador usa precriticamente y que, contenido en la estructura narrativa profunda, domina el sentido de todo su discurso.

Por último, en *La memoria, la historia, el olvido* (2003), Paul Ricoeur retoma la teoría de la imaginación histórica y vuelve sobre sus argumentos acerca de la obra Hayden White, ahora considerada como “la principal contribución a la exploración de los recursos propiamente retóricos de la representación histórica” (Ricoeur, 2003: 333).

En esta obra, Ricoeur introduce algunos cierres importantes a aspectos abiertos y confusos que, según su interpretación, presenta la teoría contenida en *Metahistoria*. El primero de ellos consiste en que: “no se trata de una contribución a la epistemología del conocimiento histórico, sino de una poética que tiene como tema la imaginación, más precisamente la imaginación histórica” (Ricoeur, 2003: 333). De ello se desprende que, como “es en las estructuras del lenguaje donde esta imaginación es aprehendida, el relato histórico y el de ficción pertenecen a una sola y misma clase, la de las “ficciones verbales” (Ricoeur, 2003: 333).

Finalmente, Ricoeur, reconciliándose con la teoría de White, se detiene en el “efecto explicativo” que cumple con lo que el historiador pretende lograr mediante la forma de trama elegida y agrega, “la retórica entra así en la competición con la epistemología de la historia” (Ricoeur, 2003: 334). Esta dimensión del relato histórico, la retórica, que no corresponde sólo a la trama sino también a la capacidad persuasiva de su argumentación (Ricoeur, 20003: 335), introduce de nuevo un motivo de reflexión sobre la epistemología de la historia implícita en la teoría de White.

Concluyendo, la reflexión abierta, en este caso, sobre el carácter de la narración histórica y “sobre la poética de la imaginación histórica” confirma la tesis de Ricoeur sobre la condición irrenunciable de la narración. Ya se trate de discursos históricos o de discursos de ficción, sólo a través de los relatos la experiencia temporal “informe, confusa, y en el límite muda”, alcanza su significación y su sentido.